

MEGAN CHANCE

EL  
RÍO  
DE  
LAS  
ALMAS

amazoncrossing 

# EL RÍO DE LAS ALMAS

MEGAN CHANCE

Traducción de Agnès Felis Prósper





*Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

Título original: *Bone River*

Publicado originalmente por Lake Union Publishing, Estados Unidos, 2012

Edición en español publicada por:  
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl  
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg  
Diciembre, 2015

Copyright © Edición original 2012 por Megan Chance  
Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2015 traducida por Ætona  
Víctor Igual, S.L. (Agnès Felis Prósper)  
Imagen de cubierta © Paul Scandlin / Cavan Images/Offset  
Diseño de cubierta por [lookatcia.com](http://lookatcia.com)

Primera edición digital 2015

ISBN: 9781503953482

[www.apub.com](http://www.apub.com)

## ACERCA DE LA AUTORA

Megan Chance nació en Columbus, Ohio, y creció en Olympia, Washington. Es autora de varias novelas, premiadas, como *City of Ash*, *An Inconvenient Wife*, *Prima Donna* y *The Spiritualist*, entre otras. Actualmente reside en el noroeste del Pacífico con su marido, abogado penalista, y sus dos hijas.

Otros libros escritos por la autora:

*City of Ash*  
*Prima Donna*  
*The Spiritualist*  
*An Inconvenient Wife*  
*Susannah Morrow*

*A mis extraordinarias amigas Lynn Beeman, Jo'Ell Catel y  
Tammy McMullen*

## ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

CAPÍTULO VEINTIOCHO  
CAPÍTULO VEINTINUEVE  
CAPÍTULO TREINTA  
AGRADECIMIENTOS

## PRÓLOGO

*Bahía de Shoalwater, Washington  
Primavera de 1855*

Era un lugar sagrado, un lugar ancestral. El punto en que confluían el río y la bahía, el cielo y el bosque, el pantano y la marisma. El agua extendía sus ramificaciones tierra adentro como queriendo recuperarla. Una presencia intangible otorgaba peso a la niebla y a la lluvia, se regodeaba en la densidad del aire; también durante el día, pero especialmente a la luz de la luna. Yo sentía aquella presencia, la había sentido desde el mismo momento en que pusimos el pie allí con mi padre, hace ahora tres años, atraídos por la ciencia, por una promesa indefinida.

Los indios decían que la tierra estaba encantada, pero papá construyó una casa y levantó un granero haciendo oídos sordos a los espíritus y a las supersticiones indias —incluso a pesar de ambas cosas, como queriendo subrayar nuestra racionalidad— y el río recompensó su esfuerzo depositando sus secretos en la orilla: reliquias de un antiguo pueblo chinook, restos de yacimientos enterrados o arrasados por el agua mucho tiempo atrás. Una mina de oro etnológica que retenía a mi padre pese a no gustarle nada el sitio. Construyó la casa en un montículo desde donde contemplaba con templanza el río Querquelin, como si con

su mera determinación pudiera evitar que se desbordase. Él solo atendía a la ciencia y al estudio y desdeñaba aquella condición sagrada que yo notaba, aquella sensación de que los espíritus andaban siempre rondando por allí. La tierra estaba encantada, pensaba yo, pero papá solo decía:

—Tienes demasiada imaginación, Leonie.

Y en el fondo sabía que tenía razón. Era impropio de una mente científica, un defecto que normalmente me esforzaba en contener.

Sin embargo, aquel día tuve el presentimiento de que los espíritus venían a por él.

Tosió y corrí a su lado. Arrimé la silla a la cama, alcancé la jofaina de agua fría y mojé la toalla. La escurrí, pero no me dejó acercarla siquiera a su cuerpo febril: me agarró la mano con más fuerza de la que podía esperar.

—¿Tienes sed? —le pregunté—, ¿te traigo algo?

Negó con la cabeza. Dejé la toalla en remojo, le tomé la mano y me la acerqué a los labios. El pelo, ya cano, le escaseaba; las manchas oscuras de la piel bronceada contrastaban con la palidez general. Tenía ojeras, barba incipiente en las mejillas y los labios azulados, igual que la piel de alrededor de la nariz.

Me pidió débilmente con un gesto que me acercara. Al inclinarme, un tirabuzón rubio se me soltó de los pasadores y rebotó en su hombro. Lo siguió con la mirada, siempre le había encantado mi pelo.

—Tienes el pelo de mi madre —me había dicho una vez—. Es curioso cómo se heredan los rasgos, ¿verdad?

Contuve las lágrimas, era mejor que no me viera llorar.

—Quiero... —empezó a decir con la voz ronca, apenas audible.

—No deberías hablar. No malgastes tus fuerzas.

Una débil sonrisa.

—¿Para morir?

—No digas eso, por favor.

Movió los dedos de la mano dentro de la mía.

—Tienes... que... marcharte...

—¿Marcharme? No me voy a ir de tu lado, papá, ahora no.

Un gesto impaciente.

—Este... lugar.

Suspiré. Le apreté la mano.

—Papá, por favor... No hablemos de eso ahora.

—Cuando June... se marche...

Noté una opresión en el pecho. Había estado intentando no pensar en ello, en la posibilidad de que Junius nos dejara, pero sabía que lo haría en cuanto papá no estuviera. El protegido de mi padre era un hombre inquieto, siempre buscaba algo mejor; tenía la mirada puesta en el futuro, como si el mundo que lo rodeaba no existiera. Nada lo ataría a este lugar en cuanto faltara papá.

—Cuando June se marche, me quedará el señor Tom. Él permanecerá aquí conmigo, ya lo sabes. No tienes por qué preocuparte.

—No —respondió—. June... Cásate.

—¿Casarme con Junius?

Tosió de nuevo. Era una tos fuerte, escupía y temblaba. Le pasé el brazo por los hombros para evitar que se ahogara con su propia sangre y alcancé un pañuelo que había por allí intentando no ver los coágulos, la oscuridad de la sangre, la prueba de que sus pulmones ya no estaban en condiciones de mantenerlo en este mundo.

El ataque duró lo suficiente como para dejarlo exhausto. Cerró los ojos y lo enderecé con cuidado sobre la almohada. Le sequé la sangre de la boca y pensé que iba a perder el conocimiento, pero se mantuvo consciente. Se llevó una mano al pecho en busca de un talismán que ya no llevaba, un colgante que había perdido hacía tiempo pero que seguía teniendo la costumbre nerviosa de intentar palpar.

—Cásate... con June —insistió a pesar de lo débil que estaba.

—No... No puedes decirlo en serio. Es un hombre mayor, papá. Debe de tener por lo menos cuarenta años.

—Buen... hombre.

—Lo sé. —Y era cierto, pero como marido...— No estoy preparada. ¿Cómo voy a hacer de esposa? Con la de obligaciones y tareas que tengo ...

—Cásate... con él —dijo intentando sonreír—. Te... protegerá.

—No querrá, papá. Tiene su vida.

—Me ha dicho que sí.

Miré fijamente a mi padre, entre perpleja y enojada.

—¿Se lo has preguntado?

Papá asintió.

—Prométemelo...

Se estaba muriendo. ¿Qué derecho tenía a discutirlo? Jamás había dudado en hacer lo mejor para mí. Era el único progenitor al que había conocido, había sido mi padre y mi madre desde que ella muriera tras el parto. Lo había sacrificado todo por mí. Me había enseñado todo lo que sabía. ¿Y qué más tenía en la vida? Cuando papá se fuese, me iba a quedar sola. Sola. Llevaba días enfrentándome a la idea que ahora afloraba y me abrumaba. ¿Qué iba a hacer sin él? ¿Cómo iba a sobrevivir?

Atenazada por el miedo dije:

—De acuerdo.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Una vez más, aquella débil sonrisa. El esfuerzo evidente que le había supuesto me desgarró el corazón.

Cerró los ojos.

Permanecí junto a la cama. Se resistió durante una hora más y, en un momento dado, noté cómo se marchaba. Un jadeo, un encogimiento... en aquel instante y en aquel lugar, de repente... ya no estaba. Le puse una mano en el pecho buscándole la respiración, pero sabía que ya no la encontraría. La quietud se adueñó de mí, un vacío que no

sabía cómo llenar. Rompí a llorar de forma convulsiva y desconsolada, echada sobre él, deseando que me abrazara por muy torpe e inepto que fuera. Siempre lo habían incomodado las muestras de afecto, pero en ese momento habría dado lo que fuese por recibir una vez más sus extrañas y reuñentes palmaditas y escuchar aquel:

—Ya está, ya está, cariño. Sabes que no soporto verte llorar.

Me quedé mucho rato allí sentada, hasta que noté que el calor lo abandonaba, hasta que el azul del crepúsculo se coló por las ventanas y las sombras envolvieron el cuerpo de mi padre. Entonces me dirigí a su escritorio. En el estante de encima tenía los diarios encuadernados en piel, sobre la mesa las reliquias que había ido acumulando, sus favoritas: un cuchillo de hueso de The Dalles, una cuchara chinook de cuerno, un sonajero ceremonial, un cuenco tallado en madera lleno de botones sueltos y un alfiler, una bolsita de piel con tabaco tan seco y viejo que se había convertido ya prácticamente en polvo. Sonreí al verlo porque hacía más de un año que había dejado la pipa que tanto le gustaba y, aun así, la bolsita seguía allí: aun sabiendo que jamás llegaría a fumarse aquel tabaco, papá había sido incapaz de tirarla. Su gran contradicción, ser tan sentimental a pesar de regirse por la lógica y la razón... ¡Cómo lo iba a echar de menos!

Parpadeé, me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y observé por la ventana el cielo azul cada vez más grisáceo, la niebla elevándose desde la bahía, fantasmagórica y hermosa, y dos hombres que cruzaban caminando la marisma entre la casa y los lodazales. El señor Tom, el indio de Shoalwater, como un segundo padre para mí, y Junius adquirirían corporeidad a cada paso, hombres sólidos sobre piernas espectrales. El señor Tom era, a ojos del mundo, la viva imagen de sus ancestros chinook, con su larga melena negra lacia sobre los hombros y una red en la mano; Junius, sereno y simpático, venía riéndose de algo que habría di-

cho el señor Tom. Percibí aquel rasgo que a mi padre le encantaba de Junius: una fortaleza adusta y firme. Desde aquí no distinguía las canas que salpicaban su pelo castaño. Con un ligero sobresalto recordé la promesa que le acababa de hacer a mi padre.

Los oí llegar al porche, el tenue murmullo de su conversación, sus pasos firmes y después la puerta al abrirse y cerrarse. Me llamaron sin alzar la voz:

—¿Leonie? —con cuidado de no despertar a quien ya se había ido.

Oí los pasos en las escaleras. Entraron los dos con las botas embarradas, empapados de rodillas para abajo, trayendo el aire fresco y el olor de la bahía y de la marisma a una estancia que, de repente me di cuenta, se había quedado fría. ¿Había encendido la estufa? No me acordaba.

Junius dijo:

—Leonie, ¿qué haces de pie a oscuras?

El señor Tom dijo calladamente:

—Teddy *yaka memalose*.

Era una manera de mostrar su pena, el hecho de no decirlo en inglés a pesar de dominarlo. Sin apartar la vista de Junius, lo confirmé:

—Sí, se ha marchado.

Junius miró hacia la cama antes de dirigirse a mí:

—¿Se ha marchado? Jesús, Lea, lo siento.

El señor Tom emitió un pequeño chasquido. Cuando Junius y yo lo miramos dijo:

—*Mahsh kopa illahee*.

‘Tenemos que enterrarlo.’ Lo dijo retirándose, asustado por el temor cultural de su pueblo a los muertos, incluso más fuerte que la pena. Tenía prisa por salir del dormitorio, pero insistió en que el cuerpo de papá debía salir de casa antes de que él volviese a entrar.

—Mañana —dije—. Lo enterraremos mañana.

El señor Tom asintió secamente y dijo:

—Traeré la canoa.

No protesté ni lo retuve. Miré a Junius y le dije:

—No habría querido ser enterrado como un indio. Nada de canoas. Su deseo habría sido un entierro cristiano decente. ¿Le harás un ataúd?

—Sí —respondió Junius.

—Me ha dicho que te casarías conmigo —solté sin rodeos.

Junius pareció sorprendido.

—Sí, pero...

—Le he prometido que lo haría.

Titubeó.

—Leonie, deberías saber... que... yo ya estoy casado. Tengo una esposa. En San Francisco.

Parpadeé confusa sin dejar de mirarlo. Una esposa. Lo cual significaba que no iba a casarse conmigo y que, al final, iba a quedarme sola. Sola y solitaria, con los espíritus como única compañía. Procuré contener el pánico.

—Entonces, ¿por qué le dijiste a mi padre que te casarías conmigo? ¿Y por qué no la has mencionado nunca?

—Porque no importa. Me casaré contigo, si es eso lo que quieres.

—No importa lo que yo quiera. Ya estás casado.

—Ella no es importante, Lea. Solo quería que lo supieras. Le prometí a tu padre que me casaría contigo y que te protegería y así lo haré. Mary y yo... llevamos tiempo... separados. Era joven y... no estábamos bien. La dejé. Seguramente ya me habrá olvidado.

—Pero Junius...

—Estaremos juntos, tú y yo —prosiguió quedamente—. Te cuidaré, tal como prometí. Mary no significa nada para mí, pero tú... tú sí. Jamás volveré con ella. Me quedaré contigo.

El miedo se esfumó rápidamente. No iba a estar sola. Podría cumplir la promesa que le había hecho a mi padre moribundo. Y... yo no sabía casi nada del matrimonio ni de